

## ENTREVISTA

### PENSAR LA HISTORIA, VISLUMBRAR LA UTOPIA: REFLEXIONES DE UN INTELLECTUAL DE IZQUIERDAS. CONVERSACIÓN CON MANUEL VÁZQUEZ MONTALBÁN

MARÍA PAZ BALIBREA ENRÍQUEZ  
Illinois State University

Me recibe en su casa de Vallvidriera (Barcelona) una mañana soleada de otoño, sencillo y distante, como siempre le he conocido. Le agradezco de entrada la atención de concederme una entrevista tiempo atrás acordada. Ha pasado sólo un mes desde su operación de coronarias, aunque la pausa en su actividad profesional apenas se ha notado. Una vez sentados alrededor de la mesa de su despacho, le anticipo que me interesa conversar con y sobre el intelectual de izquierdas que él representa, más que específicamente sobre su actividad literaria. Con su laconismo habitual, me invita a comenzar. Vázquez Montalbán es hombre acostumbrado a entrevistas, que ha protagonizado en todos sus papeles posibles en más de treinta años de carrera como periodista y escritor. Contesta a las preguntas sin titubeos y en ocasiones, como si supiera las respuestas de memoria. Siempre con gran lucidez y enjundia. Pero sobre todo, con la coherencia que da el saber adquirido —y entendido— en relación constante con su historia.

*A estas alturas de su carrera, ¿cree que el final de la dictadura tuvo especial impacto en su concepción literaria como elemento generador de cambio?*

Casi siempre he mantenido un compromiso con la realidad y en lo que he escrito ha habido un intento de reflejar lo que me pasaba a mí, evidentemente, pero en relación con lo que les pasaba a los demás. O sea, en una relación entre la vivencia individual y la coral, la vivencia social. Y esto lo realizaba ya a través de la

recuperación de la memoria culta, sobre todo del sector social que había perdido la guerra civil, que no tenía derecho a su propia memoria, ya sea metiendo dentro las vivencias que yo experimentaba, lo que eran elementos de contraste con lo que era la verdad oficializada. Eso está incluso en la etapa más hermenéutica en torno al *Manifiesto subnormal*. Esta obra está constantemente llena de intrusiones del tiempo real y lo que está ocurriendo en debates políticos. De hecho, el *Manifiesto subnormal* es una reacción críticamente desesperanzada después de todo lo del mayo francés. El salto a la novela realista, lo que sería el ciclo Carvalho, lo preparo antes de la muerte de Franco, y no está condicionado por ella, porque de hecho Carvalho aparece en *Yo maté a Kennedy* en el 70. La primera novela realista, *Tatuaje*, la escribo en 1973 y se publica en 1974, aún en la dictadura, y se nota, porque hay cosas que no puedo tratar. Eso era un proyecto que me tentaba, un poco ya saturado de la pirueta literaria de la literatura supuestamente experimental, de ruptura, un tanto de absurdo. Y me interesaba de pronto un remanso de narratividad, de dedicarme a describir una sociedad en evolución, con todos los tiempos que eso exige: el tiempo interiorizado de la novela, que es un tiempo convencional, una novela dura tiempo; el tiempo histórico que siempre queda como una nota del paisaje de fondo; y el tiempo biológico del protagonista, porque Carvalho envejece, es un personaje que sufre un envejecimiento, y eso marca un talante diferente con respecto a lo que hace o lo que ya no puede hacer. Y eso me interesaba antes de que muriera Franco. Y lo hice.

*La crítica literaria española no ha parecido ser excesivamente receptiva a la literatura de escritores como usted, que reivindican aún la legitimidad de escribir una literatura conectada a la realidad.*

Yo veo que se les ha escapado, afortunadamente, esa dictadura inicial de que literatura solo era todo aquello que escapaba a una conexión directa con la realidad. En los setenta, esa postura no obedecería solamente a una cuestión ideológica, porque incluso mucha gente que podía estar escribiendo, o sosteniendo eso, era políticamente válida. Por ejemplo, los nueve novísimos. Los nueve novísimos suponía un cierto giro ante lo que era la poesía en aquel momento. Si ahora lo analizas, no tanto, porque de hecho muchos de nosotros conectábamos con lo que se ha llamado la poesía de la experiencia de los años 50, con una parte de Valente, con González, con Barral, con Jaime Gil de Biedma. Martínez Sarrión y yo

dependemos mucho de ellos en ciertos aspectos. Gimferrer y los otros es otra historia, esos son lo que podríamos llamar formalistas. Pero luego, ideológicamente resulta que uno de ellos, el joven Panero, Leopoldo María Panero, pues era trotskista, por ejemplo. Y, en cambio, poéticamente, tenía un rollo estético diferente. O Gimferrer, pues ya tenía alma de conservador. Pero quiero decir que estéticamente es lo que convencionalmente diríamos muy avanzado. O sea, no había relación entre una cosa y la otra.

El problema entonces de ese grupo, por ejemplo, es por qué yo aún continuaba con la fijación de describir qué pasaba socialmente o qué pasaba políticamente. Yo eso no lo hacía como lo hubiera podido hacer un escritor del realismo social, convencido del rol de compromiso del artista, y de que la literatura cambia el mundo y cambia la sociedad. En mí hay un cambio de talante. Yo, lo hacía porque formaba parte de mi experiencia. Es decir, si materiales de mi vida son las obsesiones de carácter amoroso, personal, y las políticas, no tengo por qué prescindir de estas obsesiones. Cuando escribo tengo todo el derecho a metaforizarlas, a utilizarlas, a meterlas dentro de la cuestión literaria. Y, en cambio, si hacías esto corrías el riesgo de que dijeran enseguida: «Ah, no, éste es que quiere cambiar el mundo a través de la literatura» y esto estaba muy mal visto en los años 70. Pero confieso que yo no quería cambiar el mundo a través de la literatura —quizá a través de otros instrumentos—, sino que consideraba que no hablar de lo que realmente formaba parte de mi propia vivencia, de mi memoria o de mis obsesiones, era no reflejar lo que a mí me preocupaba. Y por tanto por eso lo político aparece como tema.

*En relación a su actividad como periodista y ensayista ¿Cómo cambia su actividad con el comienzo de la transición? ¿Cambia de revistas y publicaciones en general o continúa en las mismas?*

Bajo los últimos años de Franco creo que hay una etapa dorada de prensa crítica. Un sistema débil podía, de vez en cuando, dar un coletazo tremendo y cargarse una publicación, suspenderla, o condenarte a cuatro meses sin publicar. Pero había una complicidad de un lector unitario, que entonces aún no se había dividido entre centristas, socialistas, comunistas, maoístas, que arrojaba ese tipo de publicaciones, fuera *Triunfo*, fuera *Cuadernos para el Diálogo*, *El viejo Topo*, *Ajoblanco* —que sale más tarde—, *Hermano Lobo*, *Por Favor* —que yo estaba dirigiendo con Perich—. Todo eso tenía un público que te iba aguantando.

Cuando muere Franco hay una limpieza étnica, vamos, de todo eso. Eso desaparece, por una serie de motivos complementarios y a la vez complejos. En primer lugar: ese lector inocente y cómplice, antifranquista, democrático empieza a adjetivarse. Uno es socialista, otro es comunista... y empieza a mirar con recelo quién tiene la hegemonía en cada una de estas publicaciones. El problema se decanta. Ese es un primer factor, que rompe la unidad del lector. Segundo, el código lingüístico. Hemos ensayado un código longüístico para decir parte de lo que pensábamos bajo la represión, bajo la censura, pasando por diferentes épocas de tolerancia, pero cuando empieza la democracia nos encontramos un tanto desorientados desde el punto de vista del código lingüístico, cómo decir las cosas. Y luego, en el terreno también de las complicidades políticas, está la cuestión de jugar a desestabilizar algo que está naciendo. O te pones radical, en un plan de esto no, esto tampoco. O no, o respetas esta planta acabada de nacer y tratas de que cuaje un poco antes de empezar a meter baza.

Si hacemos un análisis de esta época, vemos que desaparecen todas estas revistas en un plazo de 3 a 4 años, de 1976 a 1980. Y queda una orfandad total que incluso dura hasta hoy. Hoy día, aparte de revistas de una cierta entidad como *Claves*, un quiosco es como un desierto. Da la impresión de que aquel público se ha desentendido y no ha sido sustituido por un nuevo público exigente que pueda respaldar una revista de carácter alternativo.

O sea, para mí hay unos años curiosísimos, que son los años de consolidación de la democracia, que se corresponden con los años menos interesantes para mí desde el punto de vista de la acción periodística. Porque los medios que habían cumplido un papel de agitación y de creación de una cierta conciencia crítica han desaparecido casi todos. Entonces yo me vi obligado a dar un salto en el aire. De estar en todas ellas, acabé colaborando sólo en *Interviú* y en *El Periódico* de Barcelona. Y no tuve la oportunidad de pasar a *El País* hasta el año 84.

*En 1970 escribía usted una frase que le voy a recordar. Está relacionada con lo que usted llama su literatura subnormal. Aparece en su Poética previa a la selección de sus poemas que Castellet hizo en Los nueve novísimos. Decía allí: "Ahora escribo como un idiota, única actitud lúcida que puede consentirse un intelectual sometido a una organización de la cultura precariamente neocapitalista".*

Sí, se trata de un sarcasmo y que reflejaba bastante la situación

en que me estaban colocando. Estaba descomponiéndose ya la aspiración vanguardista, la aspiración de que el intelectual podía provocar, podía convertirse en un revulsivo social. Eso empezaba a ser una broma, ¿no? Una broma porque los productos vanguardistas ya empezaban a venderse en liquidación fin de temporada en El Corte Inglés. Ninguna provocación alteraba el sistema, no le ponía nervioso, se lo tragaba absolutamente todo, y la prueba fue, pues, todo el postmayismo, toda la cultura del postmayismo. Ante eso, lo único que quedaba era una actitud irónica, sarcástica, de reflejar la vanidad, como si la estuviera contemplando uno lo suficientemente idiota como para no sentirse integrado dentro de ella. Es decir, desde el nivel de la subnormalidad. La normalidad, ¿qué es? Lo normal no es escribir, ni tratar de inventarse realidades alternativas, ni formalizaciones alternativas. Lo normal es aceptar las cosas tal como son. En el campo de la economía, en el campo de la reproducción de las ideas, en el campo de la reproducción de las formas... Cualquiera que cuestione eso es que está por debajo de la normalidad, y por tanto, ha de asumir su subnormalidad. Esa sería la reflexión ironizada de lo que ya me parecía evidente en aquella época, que era el fracaso de cualquier aspiración de vanguardia. Tanto en lo político como en lo artístico. No es por azar que la desaparición de la vanguardia, en la que todo el mundo insiste mucho en el terreno de lo artístico o literario, en lo político también se haya correspondido con la práctica desaparición de esta idea. El último vanguardista que ha generado la cultura occidental ha sido un viejo de noventa años que se llama Popper.

*Sin embargo, su literatura subnormal, ¿no puede calificarse de un cierto vanguardismo?*

Ironizado, un vanguardismo sin creencias, sin seguridad en sí mismo. Ahí está que la propia obra es una descomposición de su propia estructura. Por ejemplo, una novela como *Cuestiones marxistas*, desde el título ya pone en sospecha que no vas a leer una novela. En cuanto a la estructura, con respecto a las teorías de las unidades literarias, que dictan qué convierte a una cosa en una novela, o qué la convierte en un libro de poemas, está fundamentalmente alterada, precisamente para que esa descomposición de lo esperado sea una demostración misma de la inseguridad desde la que está escrita esa obra. En esa línea se escriben 4 ó 5 obras. De hecho, desde *Yo maté a Kennedy* hasta *Cuestiones marxistas*.

*Mi pregunta original con respecto a eso era que si usted tenía esa*

*concepción en 1970, qué pasa a partir de 1974, que es cuando se publica su primera novela realista, para que usted haya dejado de pensar que la única actitud lúcida posible ante una situación que me parece que se mantenía, ya no es sólo la literatura subnormal, sino la literatura realista también.*

Sí, pero fíjese qué literatura realista. ¿Hay algo menos realista que Carvalho como personaje? Yo cojo a un personaje que ha sido miembro de la CIA y del Partido Comunista, que tiene su relación afectiva con una prostituta de teléfono, que tiene una relación de Holmes-Watson con un personaje como Biscuter. Su mundo de asesores es un gestor. En resumen, se trata de una irrealidad total. El personaje no resiste un análisis realista. No existe, es imposible que exista Carvalho. En cambio, dentro de la convención de la novela, funciona, como líder, como conductor de esa novela. Primer aspecto: el punto de vista, es un punto de vista irreal, anarquizante, basado en la propia descomposición del mundo más íntimo, más próximo al personaje. Él crea una familia pero es una familia totalmente atípica, una familia no convencional. En segundo lugar, la propia mirada sobre la realidad es una mirada que no se corresponde a un relato realista convencional de la novela policíaca. Aparentemente Carvalho es un bárbaro porque quema libros, pero es un bárbaro con un pasado cultural importante. Quema libros con una cierta selectividad y capacidad de selección. En tercer lugar, manifiesta un desprecio total por las categorías éticas, pero acaba comprometiéndose con aquellas categorías éticas que se corresponden a los perdedores, en buena parte. Y siempre, desde un subjetivismo y una arbitrariedad total, que no entraría en las claves de lo que podríamos llamar una novela realista. Lo que sí puede parecer o dar la impresión de una novela realista es que los procesos que se describen parecen reales, convencionalmente reales. Pero ni el punto de partida, ni la ética aplicada, ni la psicología del personaje, ni su propia entidad psicológica, se corresponden a algo que pueda ser verificable. Y en sí mismo también estaría muy en la línea del subnormalismo la serie Carvalho. Sería como una relativización de la propuesta de la novela policíaca, como un cuestionar desde dentro lo que puede ser una novela policíaca. En cuanto tú ves un Chandler, y sobre todo cuando lees el decálogo de Chandler sobre la novela policíaca, te das cuenta de que Carvalho ha burlado absolutamente todos sus puntos. Léase el decálogo de Chandler y verá que ahí precisamente hay casi una violación sistemática. No buscada, ¿eh?, sino comprobada a posteriori.

*Sin restringirnos a la novela policíaca, sino en referencia a todo lo demás que ha hecho usted desde el 74, ¿No podríamos distinguir, en las puntualizaciones que hace usted, y que le hacen caracterizar a su novela negra como no realista, no podríamos diferenciar entre que el personaje de Carvalho no sea verosímil, por un lado, y, por otro, la referencialidad de la novela, la confianza en que hay una posibilidad de acceso a la realidad, y que esa realidad se expresa de forma literaria? Porque en este segundo sentido, me parece que su novela sí que es claramente realista, a diferencia de la novela subnormal, que cuestiona esa posibilidad.*

Sí, en la novela subnormal el cuestionamiento es muy superior, y es estructural. En cambio, en la novela de Carvalho parece asistir a una descripción naturalista y a un personaje naturalista. Encontramos un planteamiento, un nudo y un desenlace, cosa que en las novelas subnormales no existía. En ese aspecto, sí, evidentemente está mucho más cerca de lo que podríamos llamar una novela realista. Pero, en el fondo, late una misma disposición. Tenía usted razón en lo que ha dicho al comienzo, es muy diferente lo que puedo cumplir en relación con todo eso, en novelas como *El Pianista*, *Los alegres muchachos de Atzavara*, *Galíndez* o *Autobiografía del General Franco*, o la que voy a publicar ahora, ¿no? Esta es otra historia, es otro proceso lógico, que hasta *Franco* sería una cierta reacción alarmada ante el descrédito de la memoria, ante la atrofia de la memoria histórica. Es una cierta reacción casi visceral, y como una necesidad personal de que no maten mi propia memoria histórica, y entonces lo proyecto en *El Pianista*, y mucho más de lo que la gente cree en *Atzavara*, donde hay un ajuste de cuentas de este democratismo light de ciertos sectores de la burguesía ilustrada, que han jugueteado con apuntarse a la causa democrática para que, de hecho, no cambiara en ninguna parte su estatuto. Y eso también está en las otras novelas que he citado. Ahí sí que hay como una reacción de mi propia necesidad personal para que no me extirpen los mecanismos de mi memoria.

*Y esa necesidad aparece con la transición...*

Sobre todo, a la vista de cómo está evolucionando toda la transición. Al principio parece el final feliz de un proceso tenebroso, y luego te vas dando cuenta de lo que están haciendo. Están extirpando la memoria histórica para no tirársela por la cabeza. Es un pacto entre caballeros: los franquistas no quieren que les recuerden su memoria, pero los otros tampoco quieren que les recuer-

den sus paracuellos. Entonces lo que se produce es que precisamente aquella parte de la izquierda que más ha luchado contra el franquismo, es la que se queda más sin razones históricas para poder pasar factura a la sociedad española. Tienen incluso que ocultar su capacidad de heroísmo. Es casi cómico que en los años 77 y 78, aparezcan como formaciones combativas tremendas los socialistas, que no han hecho prácticamente nada durante toda la oposición al franquismo, y los comunistas, o los anarquistas, tengan que callarse lo que han hecho, porque, entonces, asustarían a las derechas y entonces no se produciría el pacto. Ante eso, evidentemente, algo había que hacer. Y a la vista incluso de que hubo una desertión increíble por parte de los historiadores. Los sectores marxistas de izquierda de este país, siguieron diciendo lo suyo en sus cotos cerrados, pero públicamente no hicieron frente a una reacción de centrismo histórico, que trataba de decir que todo el mundo es bueno, o que todo el mundo había sido malo.

Ahora, al producirse ese pacto de no agresiones, lo que se produce es una desmemorización. Y nos encontramos, por ejemplo, que la primera vez que se empieza a hablar públicamente de lo que había sido el franquismo, es con motivo del centenario, el año 92. Y aún entonces en un marco precario, porque los historiadores oficiales nuevos están consagrando el principio de la objetividad, cuando aún no se ha hecho ninguna catarsis de decir qué había significado el franquismo, y qué había sido la barbarie franquista en este país. Y se produce un conato de polémica que ni siquiera prospera y que desaparece cuando lo hace el eco del centenario. Es decir, tres meses después ya interesaban otras cosas.

*Un análisis crítico bastante común de su serie negra la representa como muestra inmejorable de la novela del desencanto, propia de la transición.*

Bueno, más que de desencanto es una novela crónica, por eso yo no me encuentro representado por la etiqueta de novela negra, ni creo que los puristas de la novela negra me consideren un escritor homologado. Entonces, al ser una novela crónica trata de reflejar no solamente los hechos, sino el tono en el que estos hechos se han producido y el tono que han creado. Y el tono —yo creo— que ha provocado la transición es de un cierto desencanto. Un cierto, no un desencanto total, porque evidentemente es mucho mejor la situación que ha aportado la transición que la anterior.



Estamos éticamente todos mucho mejor con todos los problemas que hay en una situación democrática, que en una situación fascista como la anterior, ¿no? Ahora, sí que sobre todo se encuentra el desencanto ante el comportamiento de los que eran como nosotros. Es esa sensación de pensar, bueno, los conoces como si los hubieras parido, porque de hecho has comido lo mismo que ellos. Comido, quiere decir que has vivido lo mismo, has sentido lo mismo, has militado en lo mismo, has tenido los mismos objetivos, te has nutrido en las mismas lecturas, en los mismos afanes. Y luego te encuentras con que, cuando están dentro del aparato del poder, su conducta es una conducta vampirizada, que parece que les haya vampirizado la derecha de siempre, que les haya chupado la sangre y los haya convertido en criaturas del Conde Drácula. Y eso sí que provoca una sensación de qué ha pasado aquí, qué ha ocurrido para que gentes que son de mi mismo metabolismo, de pronto se estén comportando como se podría comportar un poder convencional, y no hayan correspondido a las expectativas de carácter ético que se habían puesto en ellos. Eso sí que sería el desencanto. Más que un desencanto hacia el sistema, sería un desencanto hacia el comportamiento, fundamentalmente de la izquierda, o de cierta izquierda, dentro del sistema.

*En su novela aparecen frecuentemente personajes que vienen de una original posición antifranquista y que de alguna manera han traicionado esa ideología, esa integridad ética. Y parece que se responsabiliza de alguna manera la figura de esos personajes por el hecho de que la transición haya fracasado, por el desencanto de lo que podría haber sido la transición y no fue.*

Más que acusar, me produce una cierta comicidad, en el sentido de que he convivido con gente que realmente, también supongo que sin mérito de elección, se ha encontrado en el follón y ha tenido que responder a eso. Gente que ha hecho la guerra civil, la postguerra, la resistencia, veinte años de cárcel, tortura, incomunicación, que no ha tenido vida privada, ni vida familiar ni nada de nada. Y haces un balance y era para estar desesperados porque luego no han tocado historia, la historia no es como se la merecían. Y luego esta oleada de gente que ha jugado algo, ha apostado algo, y ahora tiene un discurso inmenso para justificar que ya no creen en lo que habían creído. Esos son los que más me irritan. Esos me irritan muchísimo. Por eso es tema recurrente la utilización de ese tipo de personaje.

*De sus novelas parece desprenderse una creencia de que si ellos hubieran mantenido una ética correcta...*

...podrían haber sido las cosas diferentes. Y podría haberse visto algo, que yo casi pienso que es el déficit máximo que hay, y es una cierta verdad. Incluso una cierta verdad en la asunción del fracaso, y no este constante enmascaramiento de la verdad. Si yo caracterizara la situación, sería, no porque se digan muchas mentiras, sino por la cantidad de no verdades que se dicen. Si el rol de esta gente era decir, miren ustedes, por ejemplo, modernizar España. Vamos a modernizar España. Y eso ¿qué es? Mire, esto quiere decir que no tenemos que bajar, en fin, las prendas íntimas, en industria, en esto, en lo otro, en lo otro, para ensamblar con un sistema productivo internacional que ya está hecho. Nosotros llegamos a esta puerta y nos tenemos que desarmar. Y esto ¿qué significa? Coste social: 23 por ciento de parados que aún pueden ser más, significa reconversiones de profesionales, significa aceptar que el paro es algo estructural y no coyuntural, y cultural, que hay que crear una nueva cultura del trabajo. Pero en lugar de eso, no. Fetiche verbal: modernizar. Y entonces toda una conspiración cultural para venderte eso como algo inevitable y además como algo que es así y no puede ser absolutamente de otra manera. Hay una frase de [Eduardo] Mendoza que yo utilizo mucho. «Entre los sueños de nuestra generación no figuraba el del poder». Y es cierto. Estábamos tan oprimidos por lo que teníamos encima que en lo único que soñábamos en buena parte era en sacárnoslo de encima y ordenar un poco la libertad y todas esas cosas. Pero si alguna vez imaginamos el poder, jamás tuvimos un esquema de poder como podría ser el soviético, a pesar de que muchos estuviéramos en los partidos comunistas, o, por descontado, un poder totalitario de tipo franquista. Pensábamos que el poder se basaba en una idea de participación, y participación equivalía a transparencia, y a que hubiera un equilibrio de saber entre los propietarios del poder y el receptor del poder. Y entonces el sentido del secreto de estado, de la doble verdad, de la doble moral, no tenía ningún sentido para una ética de izquierdas aplicada. Y, curiosamente, cuando se instala la democracia todo eso tiene un papel extraordinario, y los grandes sacerdotes de ese rito y ese culto son éstos. Por eso yo, de vez en cuando, les suelto un pequeño pepinazo en mis novelas.

## EL COMPROMISO DEL INTELLECTUAL... AÚN

*Usted se sigue considerando un marxista.*

Entre otras cosas. Quiero decir... es que no se es un marxista en todo y del todo. Yo me reconozco marxista al hacer un análisis de la lógica interna de la historia, por ejemplo. Y sobre todo me reconozco marxista aceptando el diagnóstico que Marx hace de las relaciones sociales en el siglo XIX, y teniendo en cuenta, además, que el marco de las relaciones sigue estando dirigido por el capitalismo, y más ahora que hace diez años, o quince años, con lo cual, volver al diagnóstico de Marx me parece fundamental. Y luego, deslindar lo que ha sido coyuntural, forzado por un análisis en un momento concreto, de lo que es un análisis válido para la situación actual del capitalismo y los antagonistas que va creando. En ese sentido, puede que sí, que sea marxista. En otras perspectivas, de la relación con los demás, y la comprensión del por qué y del para qué de la conducta, no soy exclusivamente marxista. Tengo aportaciones de cosas que me han impactado, desde el existencialismo hasta el psicoanálisis, u otras parcelas que yo considero que enriquecen o que al menos a mí me sirven para explicar por qué soy como soy, y por qué tengo un determinado tipo de relaciones con los demás y con las cosas. Por tanto, yo diría que en ciertos sentidos soy marxista, y en otros soy más cosas. De la misma manera que uno no es sólo padre de familia, hay muchas cosas en una persona.

*Digamos que para usted el marxismo funciona como un método.*

Es un diagnóstico fabuloso del proceso de la historia. Tan fabuloso que está abierto. Así como Hegel conduce a una dialéctica cerrada, y se instala en las últimas síntesis que él representa, el marxismo deja ese juego abierto a una evolución constante, a un juego de relaciones dialécticas constantes, lo cual me parece espléndido. Y en un planteamiento general histórico, seguimos moviéndonos dentro del antagonismo de lo que el capitalismo crea como sus propias contradicciones. Que en un momento dado puede ser el proletariado industrial, como el elemento antagónico fundamental, y que en estos momentos es nada menos que la posibilidad de cómo se liga crecimiento, desarrollo y bienestar, con supervivencia del género humano y de la propia Tierra.

*Como intelectual ha mantenido usted siempre una actitud disidente y crítica.*

Muy cómodamente disidente. Esta realidad... [abriendo los brazos, queriendo abarcar la extensión de su comfortable casa... y vida, probablemente]. A veces casi me da vergüenza, ¿no? Ser disidente ha de ser una cosa bastante grave, seria, y las sociedades permisivas en que, en realidad, el papel del disidente es tan minoritario, llega un momento en que te lo agradecen que lo seas, porque así pueden demostrar que hay pluralidad. Y si no fuera yo disidente se inventarían a otro. Sí, soy disidente, pero repito que no es porque me produzca una satisfacción especial, es porque no sabría ser otra cosa. Y porque toda mi lógica personal va ahí, no tiene ningún mérito, ¿no? No me reconocería a mí mismo si dijera cosas distintas a las que estoy diciendo, que son el resultado, además, de una interpretación de lo real en función de instrumentos de análisis que he utilizado siempre y que he recogido en la medida en que he visto que en algún momento habían envejecido. Pero es el fruto de una lógica continuada y ya está, y no le doy más mérito.

*Esa desesperanza y cierto escepticismo con respecto a la función del intelectual, ¿se han modificado o agudizado con el transcurrir del tiempo? Porque también en **El manifiesto subnormal** y sus primeros textos se puede advertir el desencanto, tal vez proveniente del desencanto del 68.*

Había también una cuestión de perspectiva social. Es decir, cuando lo dices, según qué gente no lo entiende, que no estoy tratando de insultar a ningún colectivo social. Pero cuando llego a la universidad, la universidad estaba ocupada por señoritos. En la universidad en aquella época, el sector social que yo representaba era un 0,03 por ciento. Que llegara a la universidad alguien del Barrio Chino de Barcelona era, pues, una cosa exótica, ¿no? Luego ha habido un cambio social y se ha podido permitir a más colados, más infiltrados de la otra ciudad. Eso te da una perspectiva diferente del rol del intelectual. O bien se produce el tipo del sacralizador que beatamente dice: «gracias a la cultura he salido del pozo». Éste toda la vida será más beato cultural que nadie. O bien, el que está constantemente desconfiando de un mundo de palabras, porque en el fondo no ha nacido entre ellas; y de referentes culturales que ha tenido casi que quitárselos a los otros porque no le eran propios; y de un código lingüístico que en principio no iba a ser para él, iba a ser para otros. Esto a mí siempre me dio una sensación de distancia y de no acabar de tomarme demasiado en serio el rol del intelectual y el rol de la cultura con mayúscula.

Y de ahí quizá provenga mi tendencia a una cierta bastardía y haya por eso ido introduciendo elementos de cultura de masas, de canción popular, de cine, imágenes, porque esa sí que había sido mi cultura, mi poso cultural inicial. Aparte de eso, en mi opinión los intelectuales tienen un doble rol, una elección, si cabe decirlo así: o reproducir la ideología del sistema dominante, o tratar de cuestionarla, no siempre en condiciones favorables para poderlo hacer. Y eso ha existido perpetuamente, desde que existe esta división del trabajo entre los que viven de pensar y de ponerlo por escrito, de transmitirlo, y los que viven de sus manos. Y la constante ha sido ésta. Y hoy se reproduce y se repite y lo que pasa es que somos más ricos en palabras, tenemos detrás un gran patrimonio teórico y merodeador y lo podemos disimular mejor o peor, dándole más vueltas al asunto, ¿no? Pero en el fondo cuando decimos, «¿qué está haciendo este señor?», descubres que, o está dando nuevos argumentos para que todo siga como está, o está diciendo que quizás podría ser de otra manera.

*Creo que precisamente es esta segunda actitud la que usted intenta definir cuando se autodetermina escritor intervencionista, ¿en qué consiste para usted la intervención política posible del escritor y del intelectual?*

Está condicionada por algo tan previo como reconocer que existe una cosa que se llama la división del trabajo. Es decir, hay una serie de personas que nos podemos dedicar a pensar y a ponerlo por escrito. Para hacerlo, disponemos incluso de un cierto estatus profesional. Y además, disponemos de algo tan difícil como es una cierta capacidad de manejar los códigos de expresión. Y eso crea, en mi opinión, una cierta responsabilidad social. La inmensa mayoría no está en esa línea, no puede hacer esa labor. Con lo cual, unos cuantos que podemos, tenemos una cierta mala conciencia de hacer un uso no socializable de la palabra, que la palabra no tenga una función social. Incluso sin que ese uso lo pretendamos establecer enviando solamente proteína pura ideológica. No se trata de enviar proteína pura ideológica a la sociedad, sino de darte cuenta del papel que cumples mientras exista la división del trabajo. Y sobre esto, hasta cierto punto podemos ser más sensibles los que procedemos de sectores sociales en teoría condenados al silencio. Sectores sociales que en principio no tienen ese don del lenguaje, y han pasado toda su historia y toda su vida siendo receptores pasivos de mensajes. Ante eso, se me crea una sensación de res-

ponsabilidad. Tú sí que puedes emitir mensajes. Este sería un poco mi punto de partida clarificado después de mucho tiempo. Y no es que empezara a hacerlo así porque tuviera la teoría clarísima encima de la mesa, sino que al cabo de los años he pensado, ¿por qué te has comportado de esta manera?, y no tengo otra explicación.

*Y ¿qué hay de la incidencia de esa actitud? ¿cómo la valora cuando su actividad intelectual no ha concluido, pero ya ha tomado una forma precisa y consagrada?*

Bueno, está ahí, yo no puedo controlar el eco de lo que he escrito, el que ha provocado en la sociedad. Tengo un cierto escepticismo sobre todo a partir de un período de cultura de mercado tan claro como el actual, sobre que tu mensaje, o tu voluntad de intervención sirva realmente para cambiar una correlación de fuerzas determinada. Más bien lo que haces es hacer compañía ideológica a los ya convencidos. Y es bastante, es bastante por lo siguiente: tal como está montado el mercado de la cultura, se tienden a crear cada vez más mensajes únicos, en función de un receptor único. El mensaje que en algunos de mis escritos he llamado céntrico, centrista y centrado. Cuando alguien se sitúa por un lado o por el otro de ese centrismo, al menos ayuda a que sectores de la sociedad que no se corresponden con él se sientan identificados. Y eso, en mi opinión, en estos momentos es una materia intelectual de primera necesidad, porque la conspiración, entre comillas, para crear un receptor unificado, uniforme, masificado, y que sólo sea capaz de entender unos códigos concretos y determinados, enviados desde centros supercontrolados, es cada vez mayor. Con la paradoja de que esto se da en sociedades aparentemente abiertas, con una libertad de mercado total. Si usted analiza el contenido de los siete canales de televisión, verá que los siete están diciendo lo mismo.

*Lleva usted muchos años militando en el PSUC, y me parece que en ese tiempo tanto el partido como usted han instrumentado su capacidad como intelectual —periodista y novelista— en favor, si no del partido, sí de una cierta visión o entendimiento del desorden que existe, y cómo debería solucionarse. ¿Hasta qué punto se considera usted un intelectual del partido?*

Pues muy escasamente. Afortunadamente el partido nunca me ha tomado demasiado en serio. Mi relación con el partido ha sido siempre curiosísima, porque yo no me he querido desvincular por respeto a una parte de mi propia identidad, pero no por las exce-

sivas ganas del partido de conservarme. Yo no he recibido, por ejemplo, ninguna consigna del partido. Este partido ha sido bastante idiota, el intelectual orgánico colectivo ha sido bastante idiota con respecto a los intelectuales. Solo les han interesado para presumir de la colección. Para decir, éste es nuestro, aquél es nuestro, ¡uy éste!, éste es cosa comida. Y luego, quince días antes de las elecciones, hacer listas diciendo los que apoyaban al partido. Pero darles una funcionalidad, ni siquiera pública, yo no recuerdo ni una consigna en este sentido. Si hemos obedecido líneas generales como la de la reconciliación nacional, era porque correspondían a un análisis que parecía sensato sobre la realidad, no porque el partido nos lo haya indicado. Hay que conocer un poco la historia del PC para darse cuenta de por qué es así. Ha sido un partido, desde los comienzos, muy heroico, muy valiente, muy combativo, pero muy cortito.

*Siguiendo el hilo de sus críticas más constantes a lo que fue la política del PC en los años setenta, ha insistido usted, en ocasiones, en el hecho de que se convirtió al partido de intelectual en idiota orgánico colectivo.*

Sí. Intelectual orgánico colectivo quiere decir cuando hay en el partido una interrelación de distintos mundos, de distintas experiencias de lo existente, distintos códigos lingüísticos. Eso enriquece, y entonces se formula una capacidad de entender la realidad superior. Cuando el dogmatismo y el sectarismo pasan por encima de eso, acabas no entendiendo lo que pasa a tu alrededor, acabas incapaz de insertarte en la sociedad, y de hacer propuestas a la sociedad. Entonces te has convertido en un idiota orgánico colectivo. El intelectual orgánico colectivo se ha convertido en un idiota orgánico colectivo. Y éste ha sido el drama de este partido en muchos momentos de su historia, y que lo ha compensado con lo que en fútbol llamaríamos la furia española, con el ser un partido muy valiente. Ha puesto mucha carne en el asador, le ha costado treinta años de cárcel a no sé cuanta gente, y cinco años incomunicados en celdas, torturas y familias destrozadas, y todo lo que quieras. Eso es lo que le ha dado una entidad extraordinaria. Pero cuando analizas, detrás de eso, qué esfuerzo de reflexión sobre lo real ha habido, te quedas pasmado. Hay una desproporción entre la inversión en sacrificio histórico y la inteligencia en asumirlo, que es realmente escalofriante.

*Y para corregirlo, la necesidad de abrir el partido a otros movi-*

*mientos sociales, de fomentar el diálogo y la creación de conciencia crítica.*

Es que eso es inevitable. Durante cien años se ha estado especulando sobre la idea de que las soluciones políticas de cambio y transformadoras, o revolucionarias, tenían ya muy claro quién era su sujeto histórico, que era el proletariado industrial. En la medida en que incluso, cuantitativa y cualitativamente, ese es un sujeto histórico en decadencia, en regresión, el sujeto histórico se complica, es decir, quién está necesitado de cambiar el mundo es mucho más complejo hoy día, y los factores que te pueden llevar a la conciencia de eso son más complejos, no te vienen sólo de la explotación económica. Te pueden venir, por ejemplo, del miedo a la destrucción del ecosistema. Cuando compruebas esa destrucción y preguntas, quién lo está haciendo; cuando descubres quién lo está haciendo, y por qué, lo lógico es que tiendas a cambiarlo, incluso una idea de crecimiento económico. Porque si crecimiento equivale a destrucción del mundo, más vale que no crezcamos tanto. Pero, entonces, quién está forzando ese crecimiento... De hecho, llegas otra vez a un análisis de quiénes son los agentes negativos de la historia, parecido al que podía hacer el marxismo en el siglo XIX. De ahí que para llegar incluso al nuevo sujeto histórico haya que ampliar mucho más el espectro ideológico que puede condicionarlo. Y para mí es mucho más interesante en estos momentos el trabajo que puedan hacer los movimientos sociales, o eso que se llama las ONG. Esos movimientos me parecen mucho más interesantes que las organizaciones políticas.

*Con todos estos cambios y complicaciones en la definición del sujeto histórico interesado en un cambio, ¿cómo queda la efectividad de un partido comunista que se define como una organización política de clases?*

Queda en recoger en buena parte los restos de su propio naufragio. Es decir, no hay más cera que la que arde. No puedes crear una nueva izquierda de la nada, por generación espontánea. Tienes que partir de la tradición, de la misma manera que los comunistas salieron de los socialistas, de los socialdemócratas, y ambos heredaron toda una corriente de conciencia crítica del siglo XIX en la que se encontraban el anarquismo, el socialismo utópico... Una izquierda no puede nacer de la nada, nace de la izquierda anterior. Para mí los partidos comunistas actuales, todavía, sobre todo los que han quedado en Occidente, y los que tratan de reorganizarse



bajo criterios no nostálgicos dentro del mundo socialista, recogen una tradición combativa y crítica. Es una base entre otras. Lo que no podemos volver a tener es ninguna ambición de mesianismo y de hegemonía. Si comprueba usted los movimientos críticos en España durante la transición, a la hora de la verdad, quienes los han movido han sido o los movimientos sindicales, fundamentalmente CCOO, o esos grupos nuevos que se han creado en la nueva cultura crítica, extramuros: ecologistas, pacifistas, feministas, o los han movido lo que queda de lo que antes llamábamos los comunistas. Es un sentido de aprovechar esas tradiciones para que en un momento u otro se produzca una mutación y aparezca una nueva izquierda, que ahora no sé de qué forma estará organizada, ni cómo se moverá, pero lo que no puedes hacer de la noche a la mañana es prescindir de algo que responde a una tradición emancipadora y crítica.

*Si esta nueva izquierda pide acoger dentro de sí a los diferentes grupos sociales no de clase que usted mencionaba, ¿bajo qué lógica, con qué autoridad puede una iniciativa como la de Iniciativa per Catalunya (IC) solicitar la inmersión de esos grupos que ya de por sí se consideran radicales?*

Es que no tienen por qué solicitar esa inmersión. Lo que podemos solicitar es la colaboración, y una nueva programática que pueda acercar puntos de vista. Por una cuestión fundamental: IC está vertebrada como una formación política convencional, como un partido político, lo cual le da unos ciertos mecanismos para integrarse dentro de la lucha por las instituciones: figurar en un parlamento, tener un alcalde. Las otras organizaciones no están vertebradas en esa dirección y eso las debilita en muchas ocasiones, pues tienen un planteamiento, muchas veces, de pequeño negocio privado, con objetivos ligados a un pequeño negocio privado que han encontrado —no me refiero a que sea lucrativo, sino a un negocio ético—, tratan de defenderlo para que no se los coma el tiburón de las formaciones políticas tradicionales. Como eso es un riesgo, a lo que se ha de llegar es a una cierta complicidad a la hora de plantear un programa de acción social. Y en mi opinión, una izquierda institucionalista que tiene que tener un lugar en el parlamento y luchar por ser mayoría, y tener el poder, y tener el gobierno, si es de izquierda de verdad, ha de tener una relación constante de metabolización de lo que aportan todas esas instituciones. Y llegar incluso a planteamientos programáticos que pue-

dan resultar pactados. Ahora he empezado a descubrir que, muchas veces, las evidencias críticas se forman extramuros de la formación de izquierda. Si hubiera sido por el partido socialista o por el partido comunista, movimientos como el ecologista no hubieran existido, porque aquéllos estaban sacrificados a una idea de desarrollismo a ultranza. La prueba es cómo una de las peores políticas ecológicas que se han llevado a cabo en el mundo, es la de la Unión Soviética.

*Pero estos grupos que se definen, o que tienen potencial para ser ese sujeto histórico, muchas veces en la práctica se han quedado en movimientos reformistas que, como hablábamos antes, el sistema traga y deglute e integra perfectamente. Un caso claro sería el de toda la línea de productos ecológicos en el mercado, que parecen querernos convencer de que, en efecto, el capitalismo ya no contamina, o ya no destruye. En ese sentido viene mi preocupación y mi pregunta, ¿hasta qué punto son los movimientos sociales potenciales sujetos reales de cambio?*

Tienen dos elementos para serlo, aunque pueden aparecer en algunos momentos desviaciones como las que usted ha enumerado. Se puede crear toda una industria a costa del ecologismo. Pero, dentro de las reglas del juego que da una democracia formal, hay un territorio de acción que todavía puede ser resultado de un pacto entre las formaciones de izquierda que luchan por la hegemonía institucional, siempre y cuando cada vez se vean más necesitadas de tener en cuenta a esos sectores en función de su crecimiento. Ahora, yo me temo que puede llegar un momento hasta de rupturismo. En Brasil ahora están matando a ecologistas, y en teoría Brasil es una democracia. Y están matándolos, ¿quién, los incontrolados? Bueno, habrá que empezar a pensar en quién está matando a esta gente. En la Unión Soviética, los movimientos ecologistas están empezando a ser perseguidos de una manera factual. ¿Por qué? Pues porque están jugando con el propio equilibrio interno del sistema. Llegado ese momento —y a ese momento se puede llegar por la vía de la ruptura, o por la vía de que no haya más remedio, de que esos grupos hayan conseguido concienciar a la sociedad de que en definitiva hay algo que está por encima de unas conquistas inmediatas, de que se está jugando la supervivencia global— ya veremos que ocurre. Y si se llega a tener la fortuna de que esto se convierta en un saber convencional y extendido, eso no lo para ni dios. Es más difícil parar eso de lo que ha sido parar

las reivindicaciones de clase, pero mucho más difícil. Y en la medida en que eso se convierta en una energía de cambio... El problema está en que hasta ahora se ha conseguido parcelar, y colocar a cada uno dentro de su parcela, y entonces se les dan cuotas de participación, como en la cuestión femenina, las cuotas del 25 por ciento. Pues se les da un poquito de ecologismo para que no digan que no aceptamos esa reivindicación. O, se dice, ya legislaremos más blandamente con respecto a las conductas no heterosexuales... Pero estamos dentro de un juego en el que el rompimiento cabe dentro de lo lógico, y la hora de la verdad llega. Históricamente lo hemos comprobado: asumen la reivindicación puesto que no tienen más remedio ante la presencia real del antagonista, pero cuando peligra la relación de fuerzas, recurren a las situaciones de excepción. Aún no se ha producido de una manera clara, pero ya vamos a ver qué va a ocurrir con todo el planteamiento Norte-Sur, y con toda la reivindicación existencialista del 0'7. Cuando se convierta en una pesadilla para los gobiernos reales, a ver qué pasa.

#### VISLUMBRAR LA UTOPIA

*Usted mismo ha comentado en alguno de sus ensayos, y me parece muy cierto, que el pensamiento de izquierda ha quedado arrinconado en la acusación, en la detección del desorden, de los múltiples desórdenes perpetrados por el capitalismo, y que no se atreve a visualizar un proyecto de cambio radical. Hace algunos años, en 1979, se atrevió usted con una peculiar descripción de la ciudad libre, como plasmación de la utopía.*

Sí, es que me parece la única posible. Yo, que siempre había sido muy antiestatalista, estoy descubriendo que el estado es necesario, pero de cristal, el estado transparente. He cambiado de opinión porque estoy viendo que la gran conquista que se están fraguando los neoliberales es la destrucción del estado, y entonces campan por sus respetos. Pero el estado debe ser de cristal. Porque, claro, a mí lo que me horroriza es que, incluso de posiciones de izquierda, se diga: no, no, si es que no hay más remedio que tener fondos reservados. ¿Cómo que no hay más remedio? ¡si estás consagrando el estado delincuente! Entonces, a partir de ese momento consagras cualquier otro tipo de delincuencia. ¿Con qué ri-

gor moral va el estado a meterse con un chorizo privado, cuando el propio estado es un chorizo y un asesino?

O sea, *La palabra libre en la ciudad libre* sería la libertad de expresión total, y sobre todo real, que no fuera la libertad de expresión total sólo como principio que luego acaba en una centralización y concentración de medios terrible, pues convoca un solo mensaje. La capacidad de expresión que, en mi opinión, equivale a la libertad de identificación, de sentirte identificado con lo que oyes, con lo que ves, con lo que escuchas y con lo que piensas, cosa para la que está en estos momentos negada la inmensa mayoría de la población. De hecho, dictan —dictamos— los mensajes un pequeño grupo de privilegiados emergentes, que escribimos y leemos lo que escribimos. Polanco, el propietario de El País, en mejor posición que yo, pero yo, dentro del mismo cotarro. Y la inmensa mayoría de esta población no se puede sentir identificada con los mensajes que enviamos, pues no se corresponden con su vida, con su código. Eso por una parte. Por otra, ya que se cita a un árbitro social, al que hemos llamado estado, que la ética de ese árbitro sea transparente. Con lo cual se pone en cuestión todo el papel del corporativismo político, porque el político acaba siendo un funcionario, y acaba teniendo una lógica interna en la que acaba siendo un ensimismado, una persona que tiene una rutina lógica concreta, y cuando se sale de ahí, considera que todo lo que hagan alrededor de él es antagónico, y que la crítica acaba siendo un ruido que no se corresponde a los canales normales de circulación.

*Una última —e incontestable— pregunta: ¿cómo se llega a esa utopía, bajo qué consignas?*

A los conceptos más livianos, aludidos antes, habría que añadir uno, y es jamás desencadenes sacrificios y violencias que puedan ser superiores a los que tratas de combatir. El poder darte cuenta de que para destruir un monstruo has creado un monstruo superior, eso tendría que ser algo a reflexionar a la hora de desencadenar procesos de cambio, que yo considero necesarios, y que en un momento determinado pueden exigir una cierta inversión en violencia, pero mucho cuidado que la violencia que generes no sea peor que la que tratas de combatir y exterminar.